

el escándalo, ¿no crees que mi deber es reciprocitar su gentileza y ampararlo a él de la deshonra? Apenas nazca el niño, todo el mundo comprenderá que es tuyo. No habrá ninguna duda al respecto. Tendrá tus ojos garzos, tu piel negra. Sería tal como tú eres.

—Pero tu hijo no es mío.

—Tú me violaste. Perdóname, Felipe. No es que desprecie a un hijo tuyo sólo porque sea negro sino porque no es hijo de mi esposo. Él, por ser bondadoso, no quiere que yo aborte e insiste en que ese niño debe nacer. El parto puede ocurrir en la ciudad lejos de la isla. Quedará en buenas manos. Hipólito es un santo.

—Te juro que esta vez no he mentido. Convéncete de que sigues culpándome injustamente; no cabe duda alguna de que tú estás preñada de Cairote. No te olvides de que Cairote es rubio. Tiene el cabello con el tinte rojizo parecido al de Hipólito, pues él es descendiente de gringo, y como estaba en tragos, puedes estar segura de que ahora no recuerda haberte violado. También puede que el hijo sea de Hipólito.

—Yo estaba encinta desde antes de las bodas. Ya te he dicho que él se casó conmigo sólo por evitar la furia de mi papá. Lo hizo por mí y por ti. Me confesé con él precisamente porque estaba aterrada debido a que sabía...

—¿Quién te lo dijo? ¿Te examinó algún médico? ¿Te vio alguna partera?

—Nada de eso hace falta. Las mujeres sabemos...

—No tienes experiencia.

—...por intuición. ¿Acaso no se me nota la barriga? ¿Cómo vas negar lo que cualquiera logra ver desde lejos? Todos en la isla saben que estoy encinta, pero claro, suponen que es de Hipólito.

—Tal vez es un error.

—¿Mi gravidez? —

—No. Lo otro. ¿Cómo puedes saber que te violaron? Estabas inconsciente.

—Lo supe desde el momento en que recobré el conocimiento.

—Aun así, ¿quién te dijo que quedaste preñada? Si después de las bodas has resultado encinta supongo que será porque Hipólito no habrá perdido el tiempo. Por lo menos, prefiero imaginármelo.

—Yo me casé preñada y no de Hipólito. Te juro que él no me ha fecundado. Lo sé incapaz.

—¿Qué pasa? ¡Es impotente?

—Tiene ciertos conflictos religiosos. No ha debido casarse. Lo hizo en un gesto bondadoso y ahora se siente confundido. Se da cuenta de que ha sido un error. Desde pequeño resolvió hacerse cura porque así lo educaron y él no le teme al celibato. Ahora Hipólito me considera culpable de que él no logre poseerme porque soy demasiado ruborosa y no coopero. No puedo hacerlo. No entiendo de esas cosas. También a mí me criaron cristianamente, me inculcaron la idea de hacerme monja, de entrar en un convento, de convertirme en santa. Tiene razón Hipólito. Soy demasiado casta, mojigata o idiota.

La emoción la entenece. Se le ablanda la voz y la ahoga el llanto. Necesita apoyarse sobre los hombros de Felipe. Éste la aferra entre sus brazos. La estrecha fuertemente. El cuerpo de ella unido al de él lo excita de manera violenta. Cándida nota su erección, siente maciza entre sus piernas la poderosa varonía de Felipe.

Lo apartó bruscamente, temerosa de su propia lujuria, pues de repente había sentido que algo dormido en ella despertaba; su deseo de entregarse, su furor de sentirse poseída por Pipe. Le hizo un amable gesto de precaución, de anhelo, de silencio; lo obligó a irse de casa; cerró tras él la puerta y, azogada, se encerró en su recámara.

Quedó, al entrar, más sorprendida, pues allí estaba Hipólito.

Sintiéndose culpable, casi pierde el sentido, pero sobreponiéndose, se echó en sus brazos sollozando.

Hipólito trató de consolarla y calmarla. Mientras le acariciaba las sienes y el cabello, le iba diciendo tiernamente:

—Me sentí algo cansado y, aunque nunca acostumbro dormir siestas, me eché en la cama y parece que me quedé dormido un breve instante. A ratos y casi como en sueños oía la voz de ustedes. Lo único que recuerdo claramente es que Felipe se declaró inocente. Él te respeta y estima. Se crió a la par de ustedes casi como un hermano. Te salvó de la muerte cuando estabas ahogándote. Estoy seguro de que él no fue quien te violó. Si es de Cairote parecerá hijo mío. No hace falta que insistas en tu idea del

aborto. Me apenaba lo de perder a la criatura. Debemos respetar toda semilla por diminuta que sea, sobre todo porque, como bien sabes, es hija del Señor.

Reclinada en el lecho con los ojos cerrados, Cándida lo escuchaba sin gran convencimiento. Recordaba que en efecto había oído el silbido de Cairote, pero estaba insegura de que a su edad el paco fuese capaz de tal proeza erótica. Tenía el presentimiento de que existía una incógnita, algo ambiguo, dudoso. ¿Por qué ese afán de Hipólito de amparar a Felipe? No había excusa posible que lo eximiera de su falta. ¿Por qué motivo Hipólito había insistido en que Felipe regresara a la casa? Sabía que yo lo odiaba por saberlo culpable y aun por lo de la muerte de Dalila, ¿por qué su nazarena insistencia de que, en aras del amor y la paz, yo olvidara mi amargo resentimiento y aceptara reconciliarme con Felipe? ¿Por qué su regocijo cuando volvió al taller el hijo pródigo?

—Quiero a Felipe, Cándida. Lo quiero como a un hijo. Lo estoy forjando con amor. Es mi obra, mi escultura maestra. Él es mi estatua, la verdadera estatua de Felipe el Hermoso.

Hipólito dejó de hablar. Lloraba.

Cándida, por fortuna, no había escuchado sus palabras. Se había dormido.

Felipe invita a la estatua

Apenas Cándida se encerró en su recámara, Felipe no insistió. Mejor así. Se daba cuenta de que aquello marchaba como sobre patines. Mientras disminuía su tensión hizo una pausa sin atreverse a abrir y, ya tranquilo, se asomó con cautela para evitar que alguien lo viera salir de allí no estando Hipólito. La brusca claridad del callejón lo hizo sentir el veneno de la culpa y, colándose por la sacristía, consideró más oportuno sumergirse en la iglesia, no para confesarse por el grave pecado de adulterio cuya anticipación había gozado, sino para evitar habladurías contra Cándida y, de paso, encenderle una vela a la Magdalena como agradecimiento por el don otorgado, pues aún en ciería, el leve roce le había abierto el apetito augurándole una opípara culpa. Lograda su oblación, se fue a la playa y refrescó su fiebre entre las olas.

Como Faustina habitaba a pocos pasos de la casa de Hipólito, transigió con el rol de mediadora para facilitar las entrevistas entre Felipe y Cándida de la manera más discreta.

Una noche, mientras Hipólito y el jodido Ñopo trasegaban sus vinos preferidos meciéndose en las amplias hamacas de la casona, Felipe entró al taller sin ser visto mediante el hábil subterfugio que usaría en adelante. Primero fue a la iglesia como quien se dispone a repicar las campanas o a divisar desde la torre las luminarias de los barcos que pasan a lo lejos. Seguro de que nadie lo observaba, pues las beatas brillaban por su ausencia, se coló de rondón en la sacristía de cuya puerta pasó de un salto a la de Cándida quien se le echó en los brazos vuelta un fajo de nervios. Cariñosa, anhelante, pegada al cuerpo de él, boca a boca Cándida sopesó la violenta erectitud de Felipe. Era el hombre que ella necesitaba, que la podría satisfacer plenamente.

Rijoso como estaba, Felipe la apoyó contra el muro e intentó poseerla de inmediato, pero ella procuró sofrenarlo.

—Por favor, no me asustes, Felipe. No estoy acostumbrada a tu violencia. Me sentiría inhibida; no podría disfrutar. Quiero ser tuya en cuerpo y alma con el mismo entusiasmo que antes ambicionaba ser la esposa de Dios. Necesito situarme, entrar en trance, tranquilizar mis nervios, disolverme en el goce y olvidar el pecado. Recuerda que estuve a punto de ser monja. Fui criada y educada para serlo. Me mantuve alejada de los goces vitales gracias a los consejos de Malala quien supo convencerme de que todo es pecado, metiéndome en la mente ideas absurdas de una moral conservadora y nefasta basada en formas de vida superadas. Por el simple hecho de notarte observándome mientras me enjabonaba los senos, perdí el sentido y estuve casi a punto de ahogarme. El decoro jamás debe excluir la sensatez y el valor. Junto a tu cuerpo, siento vibrar el mío anhelante de conocer el gran misterio gozoso que tú encarnas. Quiero vivir mi vida. No nací para el culto del aburrido mundo monacal. Sólo junto a tu cuerpo he despertado a la vida del espíritu; porque el amor incluye todas la manifestaciones del ser en su función genesiaca. Por fortuna, todo va a acontecer desde ahora de manera distinta. Sí, a la sombra de Hipólito quiero que nos amemos impunemente. Estoy segura de que en fondo él lo desea. Sé que te quiere. Goza hablando de ti. Creo que se siente más dichoso contigo que conmigo.

Felipe la besó y, estrechándola con febril impaciencia, la hizo sentir de nuevo entre las piernas la rotunda rigidez de su anhelo.

Las sonoras pisadas de alguien que se acercaba y que, en efecto, sólo cruzó frente a la casa, aterraron a Cándida quien, vuelta un haz de nervios, se apartó del amante.

—¡Vete, Felipe! No quiero que te mate.

Cuando, casi a la fuerza, logró echarlo, quedó acezante, en ascuas. Angustiada, sintiéndose en pecado mortal, se arrodilló ante la imagen de Jesús Nazareno. En su lecho, más tarde, arrepentida, siguió rezando e invocando el perdón de su pecado mientras trataba de mantenerse en vela para esperar a Hipólito, lo cual era un deseo sin esperanza. Imágenes de Hipólito y Felipe formaban en su mente una girándula cuya rueda de luces la hizo sumirse en sueños de pecado, de misterios gozosos y de torturas infernales.

Felipe comprendía que para Cándida resultaba difícil desprenderse de un sólo sopetón de ideas que le inculcaron las tías, pues aunque todo en ella vibraba a la más simple caricia, la angustia del pecado la inhibía, la aterraba. Por tal causa, a pesar de que Hipólito se entretenía noche tras noche en casa del Ñopo, Felipe continuaba como en ascuas, sin avanzar un ápice, pues Cándida seguía sin entregársele, jugando al toma y daca, temiendo siempre la llegada de Hipólito y el castigo del Cielo.

Para calmar su fobia, Felipe sugirió la conveniencia de que se vieran en la iglesia, sitio que para él era habitual y de feliz memoria. Cándida pensó que, en efecto, allí en el templo nadie los podría sorprender en horas avanzadas de la noche. En la suave penumbra de las naves iluminadas tenuemente por las escasas veladoras de los retablos, ellos se entregarían a su gozosa pasión, impunemente, con la callada venia de los santos.

Sin embargo, para una ingenua como Cándida, la comisión del acto carnal frente a las sacras imágenes le resultaba una violenta blasfemia, procaz e irreverente.

A cada cálido aporche de Felipe, ella saltaba como al contacto de una llama infernal.

—Dios nos mira, Felipe. La Virgen nos observa.

Felipe estaba erecto, rijoso. Ya no podía frenarse.

Cándida eludía sus caricias mortificada porque, a pesar de todo, sentía en su cuerpo la lujuria, la apetencia, el anhelo de entregarse definitivamente al gran misterio gozoso.

Sin embargo, le parecía escuchar que las imágenes de los diversos santos gritaban iracundas:

—¡Adúltera! ¡Relapsa! ¡Bruja! ¡Herética!

Sólo calmaba su conciencia cierta voz evangélica que desde el sitio más profundo de su alma le decía bondadosa:

—¡El que esté sin pecado, que arroje la primera piedra!

Felipe presintió de repente que sus impulsos lúbricos decrecían y recordó que esa noche, minutos antes de entrar al templo, al ver que, iluminada por

la luz de la luna la estatua centellaba, aproximándosele, le hizo en tono de broma un reto audaz, diciéndole:

—Comendador, escúchame, esta noche voy a comerme a Cándida. Saborearé en la cena muslos y otras sabrosas presas. Te invito al ágape. Será un banquete de primera.

Le pareció que las pupilas de la efigie brillaron y sintió un repeluzno. Por sus venas circuló sangre helada. Con todo y eso se hizo el valiente y entró al templo. Los agudos chillidos de los murciélagos lo desasosegaron. Afortunadamente para él, Cándida se mostró aún más remisa que de costumbre. Frente a Dios y los santos ella no se atrevía a pecar. Aunque aquellas imágenes hieráticas eran de cartón, Cándida había aprendido a respetarlas. Felipe no insistió porque temía darle una nueva decepción a Cándida seguro como estaba de que esa noche de ánimo aterrado lo dejaría impotente como Hipólito.

Siguieron días de angustia e incertidumbre. Felipe no encontraba de qué medios valerse para ahuyentar el miedo y la zozobra de Cándida quien, por su parte, se desvelaba por las noches anhelando ser poseída por Felipe. Se enfurecía contra las santas imágenes que le habían impedido y aún seguían impidiéndole darse definitivamente en cuerpo y alma a Chompipe.

En cambio, el cirio pascual de Pipe tenía la esperma lista para el acto iniciático. ¿En qué noche se iba a efectuar el rito? La joven novia no parecía dispuesta al sacrificio o, mejor, al misterio de su auténtica comunión genesíaca.

No te preocupes, lindo Nazareno

· Cuando, al abrir los ojos tras pesadillas agobiantes, Cándida pudo verse a sí misma tendida sobre el lecho de un hospital recordó que, casi en trance de muerte, pudo aun captar que el médico exigía una cesárea y presurosamente fue llevada al quirófano donde la anestesiaron con cloroformo. ¿Por qué me encuentro sola? ¿Por qué no hay a mi lado enfermeras? ¿Qué le ha pasado a Hipólito? No cabe duda alguna de que, al abrirme, me sacaron del vientre un niño negro. Sólo un endemoniado hijo de Felipe podía haberme causado tanto mal. Los billetes de lotería. ¿Y el premio? Si he ganado, los escondí en la **Biblia**. Tendría dinero. Debo pagar al médico, el hospital, nodrizas para ese niño negro. ¿Qué dijo el pajarito? Felipe apostó que iba a violarme. Ya no me cupo duda. Claro, Cairote fue operado del apéndice. No estuvo en la isla ni ese día ni los otros. Él no pudo haber sido. Al darme cuenta de la mentira de Felipe fui presa de un acceso de cólera. Me entraron los dolores del parto de tan desgarradora manera que comencé a lanzar alaridos retorciéndome echada sobre el lecho. La billetera fue en busca de Ladera. ¿Dónde estaban Hipólito y Felipe? Claro, los dos se hallaban ensamblando una lancha en el taller recién inaugurado en la playa. Por fortuna pudieron embarcarme en El Izabal aprisa. Hipólito, azarado, ¿qué es lo que ocurre? Ni tuvo tiempo de trajearse. ¿Dónde habrá ido? Tal vez ande intentando comprar un niño rubio. Señor, si paga bien, le vendo el mío. Es caro pero tiene tres años. No me sirve. Deseo un recién nacido. Tal vez la Virgen quiera venderle el suyo. Dicen que es hijo adulterino. San José está furioso. Parece que es de un ángel. Sí, todo eso del ave gratia plena. Quien sí estaba repleta y bien preñada de Felipe era yo. ¡Virgen Santa! ¿Cómo pude creerle a ese canalla? Dijo que fue Cairote. No pudo ser Cairote. Estuvo grave de muerte en esos días. Peritonitis. Por poco pela el bollo.

Vendiendo sus billetes, María Palito había ido esa mañana a casa de Cándida quien, como estaba sola, la hizo sentarse a conversar y hasta fue tan amable que le ofreció un refresco de piña y galletas de jengibre. María Palito se sintió confundida. Pensó, ¿qué mosca la ha picado? Cándida, en su interior también se dijo, quiero que ésta, que es una lengüilarga, me cotorree lo que en el pueblo se comenta de mí, de Hipólito y de Pipe.

—Tengo el presentimiento de que voy a ganarme un premio gordo porque he tenido varios sueños. Cándida hojeaba los billetes sin decidirse por ninguno—. Es muy probable que te compre uno entero, pues la racha de suerte que he tenido me parece un buen síntoma. ¿No opinas tú lo mismo? Imagínate, un matrimonio que ni mandado a hacer con el hombre más codiciado de la isla. Y ¿qué opinas de lo rápido que es? Ni un año tengo de preñada y fíjate qué barriga. Dice don Plácido que voy a dar a luz de hoy a mañana. Parece como cosa de milagro.

—A mí que me registren, pero hay un pajarito que me cuenta las cosas y a veces me parece algo indiscreto.

—Cuéntame, ¿qué te dijo?

—Que hubo ayuda. —María Palito mira hacia un lado y otro recelosa y, precavida, prosigue el chismorreó con gran cautela—. Tú eres buena conmigo, Cándida linda. Siempre me compras mis billetes muy cariñosa. Estoy segura de que hoy te quedarás con una sábana. Todo un billete entero. Sería mala contigo si te mintiera. No vayas a pensar que sea un bochinche ni que las malas lenguas anden por esas calles murmurando. Lo que debo anunciarte es confidencial. No creas que vaya a divulgarlo. ¿Cuál número prefieres? Me quedan tres billetes enteros. No tengo compromisos, Si quieres, te los vendo.

—Claro. Si tengo suerte, ¿por qué no? Dime. Dime.

María Palito le entregó los billetes, doblándolos primero y haciendo que ella los empuñara. Luego, fue hasta la puerta del taller. Convencióse de que no hubiese moros en la costa.

—No te preocupes —dijo— Cándida—. Estoy sola. Puedes hablar sinceramente, con la mayor confianza.

—Lo que voy a decirte —dijo María Palito— es un secreto que a mí me perjudica más que a ti. Me avergüenzo de saberlo yo misma. Te aseguro

que ninguna persona se ha enterado fuera de mí y de los compinches de Pipe. Tú sabes cómo es él de lenguaraz.

—¿Qué es lo que dijo? Dime.

—Me encomiendo a los ángeles. Júrame que no has de repetirlo.

—Descuida.

—Yo vendo mis billetes de puerta en puerta y de cantina en cantina. Escucho cosas por aquí y por allá. Soy muy discreta siempre que alguien no se las quiera pasar de listo, pues entonces lo jodo.

—Dime.

—También, de vez en cuando, tú perdona, cuando no hay gente en la cantina, me meto hasta en la cama del chino, lo dejo acurrucarse conmigo, me paga bien, y salgo muy campante, sin que Cucho se entere. No vayas a decírselo, linda. Ni Dios lo quiera. Esa noche, bien tarde, yo esperaba al chinito en su recámara y él estaba cerrando ya las puertas para el refugio peccatorum, cuando entraron de pronto en la cantina Felipe y sus compinches. ¡Maldita sea mi estampa! — No tuve más remedio que sacar mi camándula y echarme una manito de padrenuestros, avemarías y salves para matar el tiempo, porque ya sabes cómo beben esos hijos de puta. Tú perdona. Fue allí donde, sin que ellos lo supieran y sin quererlo yo, pude escuchar cuando el jodido de Felipe hizo una apuesta que, ni lo quiera Dios, sigo pensando que fue bravuconada, y espero que ellos, todos, no se hayan ido de la lengua.

—¿Cuál fue la apuesta? Dime.

—El Mogo Tin, Mingo Segura y ese maldito Fulo Cañango le hicieron bromas a Felipe diciéndole que tú eras la única mujer que había sabido tenerlo a raya. Y él, ofendido en su amor propio o acaso por los tragos, juró y dijo: «Llueva, truene o relampaguee les apuesto diez machacantes, que yo me clavo a Cándida aunque para ello necesite violarla. Lo escuché sin quererlo, pero dije, María Palito no te metas en lo que no te importa, y a nadie se lo he dicho, sobre todo porque me va la fama y mi prestigio. Imagínate que si Cucho lo sabe me da más golpes que a un tambor. Para dejar la apuesta confirmada, los compinches le pidieron a Pipe una prueba, una constancia de que te había violado y él contestó que ése era un punto de honor que él como caballero respetaría. Dijo que era incapaz de inventar cuentos y de ir propalando haberse acostado con fulana o zutana sin haber

hecho pues lo agradable de cualquier aventura sexual para Felipe, según él mismo dijo, era sin duda la complacencia que sentía en divulgarla. Pueden estar seguros, dijo, de que cuando propale haber ganado la apuesta será porque he tenido trato sexual con Cándida y es posible que hasta la haya preñado. Te juro, Cándida, que es la purísima verdad. Todo eso dijo.

Don Plácido Ladera me había dicho que por ser primeriza y estrecha de caderas, mi parto iba a ser grave con probabilidades de cesárea. Como él estaba en el secreto de mi pasado intento de suicidio por algo sin mayor importancia pues, como él mismo dijo, sólo era una preñez prematura, hizo los cálculos de la época en que pudo ocurrir la concepción. Al darme cuenta de que se equivocaba, le dije el día y la fecha del engendro sin ponerlo al corriente del hecho violatorio. Fue entonces cuando dijo que esa semana estuvo ausente de la isla con motivo de la peritonitis de Cairote quien fue operado en la ciudad. Ya no había duda alguna de que Pipe había sido el violador. Al ver mis crisis de nervios, de dolor y de rabia, María Palito logró hacerme llegar hasta la cama y, de inmediato, fue a llamar a Ladera. Si el niño es negro ¿lo debo repudiar? No me explico por qué razón Hipólito no se encuentra a mi lado. Tal vez se haya indignado por lo del niño negro. Parecía muy dispuesto a conformarse pero frente a los hechos cumplidos... Averígüelo Vargas. Siento que tocan a la puerta, adelante, y el que ha entrado es Hipólito sonriente y satisfecho. Tras él, una enfermera trae en sus brazos a un niño. Me lo muestran. Es rubio. Será que Hipólito consiguió hacer la compra. ¿Cuánto le habrá costado? La enfermera deja a mi lado la criatura. Dice que es sólo por un rato. Se va. Nos deja solos. ¿Cómo puede mostrarse tan contento? No es hijo de él. ¿Dónde habrá echado al niño negro? Sigue mirándome como hechizado y me pregunta por qué motivo lloro. Siento el impulso de decirle ¿por qué ha de ser, idiota? Mi angustia es tan aguda que no consigo reprimir los sollozos. ¿No estás contenta con nuestro hijo?, me dice, es rubio y bello, digno hijo de su padre. No consigo calmarme ni logro soportar su ridículo y fingido entusiasmo. Mientes, le digo, mientes. Felipe me violó. Di a luz un niño negro. ¿Cómo has podido comprar a ése que no es ni mío ni tuyo?

—Cándida, no seas boba. Te aseguro que este bello niño es hijo nuestro. Para que te convenzas, no tengo más remedio que confesarte cierta proeza bochornosa de la cual me avergüenzo. Cuando yo oí tus gritos en la poza corrí en tu ayuda. Quedé al acecho entre unas hojas y al notar que Felipe estaba a punto de violarte, no tuve más remedio que silbar la tonada de Cairote. Al ver que huía desnudo, despavorido, me aproximé a prestarte

los primeros auxilios. Fue entonces... Tú bien sabes que hasta los santos se han dejado tentar del demonio. No sé qué me ocurrió. Perdí de pronto el control de mis instintos y te hice mía aún sabiendo que cometía un pecado. Desde esa tarde me ha atormentado mi conciencia. Tal vez por eso, Dios me ha seguido torturando. Debido a ello no logro poseerte. Sólo estaré tranquilo cuando tú me perdones mi felonía, querida Cándida.

—Cómo no hacerlo, tonto. Me quitas un gran peso de encima. Claro que te perdono. **(Te perdona la puta de tu madre, no yo. Felipe y yo hallaremos una sabrosa forma de vengarnos. No te preocupes lindo Nazareno.)**